

Jo Guldi y David Armitage, *Manifiesto por la Historia*. Madrid: Alianza, 2016, 296 pp.

En marzo de 2016 la editorial Alianza publicó la edición traducida de la obra *History Manifesto* en tapa blanda y tamaño bolsillo. El original es de 2014 y su formato fue bien diferente: David Armitage y Jo Guldi decidieron publicarla en formato abierto –además de poder acceder a este ensayo de forma íntegra y gratuita, la publicación contaba con una web propia que incluía un blog y un foro de debate sobre la misma–. La intención de fomentar debate ya puede, por tanto, apreciarse en esta forma de difusión y aunque este foro propio parece que no terminó de funcionar (el total de mensajes publicados hasta la fecha no llega a los cincuenta), sí que ha tenido repercusión en el ámbito académico, como fue el caso de las críticas publicadas en el número de abril de 2015 de *The American Historical Review* por Deborah Cohen y Peter Mandler, con réplica de los propios autores del manifiesto. Así mismo puede destacarse el número de *Annales* de octubre del mismo año, titulado “La *longue durée* en débat”, que contó con la participación de Lynn Hunt o Claudia Moatti, entre otros, y cerrando de nuevo con una respuesta de los autores. La página personal de Armitage incluye también una lista con otras numerosas reseñas realizadas por todo tipo de autores, entre los que pueden destacar David Abulafia, pero también algunos otros en español como Anacleto Pons (Universidad de Valencia) o Luis Gabriel Galán Guerrero (Universidad Externado de Colombia).¹ Recientemente Julián Casanova (Universidad de Zaragoza) se ha unido en una breve entrada en el suplemento Babelia del diario *El País*.

No creo que esta obra vaya a revolucionar la forma de hacer historia, pero tampoco creo que sea exactamente el objetivo de sus autores. Sí que lo es, en cambio, el propósito de crear y promover un debate y una reflexión sobre dos aspectos de la práctica historiográfica actual. El primero es la metodología utilizada en los últimos años. Desde el comienzo de la obra diagnostican el “cortoplacismo” como un “fantasma” que se ha apropiado del ambiente académico. Como respuesta, Armitage y Guldi proponen una vuelta a los enfoques a largo plazo, inspirados en la *longue durée* de la Historia Social de las décadas centrales del siglo XX, pero con nuevos matices, como la inclusión del trabajo de archivo (el enfoque microhistórico). La segunda cuestión que se pone de manifiesto en el libro, quizá la más importante, hace referencia al papel del propio historiador y de la Historia en la sociedad actual, en la construcción del discurso público. Toda una llamada de atención sobre la necesidad de que el historiador se acerque a un discurso accesible al gran público y no se limite a investigaciones demasiado complejas que solo son leídas (cuando lo son) por algunas personas, siempre dentro de la profesión. Reivindican la necesidad de que el historiador influya en la política, reflexione sobre el pasado, el presente y el futuro, y sobre todo enseñe y comparta sus conocimientos con sus compañeros, pero especialmente con la gente no especializada.

Desde la introducción, la “enfermedad” del “cortoplacismo” se identifica con la escasez de pensamiento a largo plazo observable también en empresas y en la política, algo inherente a la sociedad actual, y que dificulta la capacidad de afrontar desafíos o

¹ Esta lista se encuentra en: David Armitage, “The History Manifesto”, <https://scholar.harvard.edu/armitage/publications/history-manifesto> [consulta 12 junio, 2017].

cuestiones que afecten al futuro. Esto está afectando también a la Historia como ciencia social, tanto desde el punto de vista metodológico como teórico, ya que durante el último tercio del siglo XX el marco cronológico de los trabajos históricos se ha ido estrechando hasta abarcar períodos de cinco o diez años. Este proceso se debió a factores políticos y tecnológicos, pero también a la necesidad de establecer análisis y concreciones sobre puntos críticos de la historia.

El surgimiento de la *longue durée* y su posterior recesión son descritos de forma resumida en los primeros capítulos del ensayo. Guldi y Armitage realizan un paralelismo fijándose en la figura de Fernand Braudel. La expresión *longue durée* surge en una crisis similar a la actual, donde el autor francés señalaba que las historias de crisis y ciclos según las líneas temporales tradicionales “dejaban en la sombra las regularidades y las continuidades más profundas que subyacen al proceso de cambio” (p. 40), de ahí la importancia de buscar una alternativa, la *longue durée*. En este caso, por tanto, se reivindica el largo plazo como forma de romper con la *histoire événementielle*, pero la propuesta formaba parte también de una estrategia que tenía el objetivo de justificar la primacía de la Historia como ciencia social. Siguiendo este planteamiento, así como el enfoque de Braudel puede considerarse el comienzo de la edad de oro de la Historia Social, la vuelta a esta metodología hará lo propio en el contexto actual, recuperando el largo plazo y el método cuantitativo.

Paulatinamente desde los años sesenta y setenta se van acotando cronológicamente los estudios de los historiadores y se desarrolla la microhistoria y el “tiempo breve”. Se busca sobre todo la especialización del investigador, que para diferenciarse de los que no son historiadores profesionales decide volver a los estudios de archivo, creando obras cada vez más técnicas sobre temas cada vez más concretos, lo que se traduce en una pérdida de su influencia en el discurso público y en la producción de monografías que solo leen unos pocos. En este aspecto, a lo largo de la obra hay cierta confusión respecto al concepto de microhistoria. Aunque los autores diferencian, el marco cronológico (“tiempo breve”) de la microhistoria, esta diferenciación es demasiado sutil y se vuelve confusa, pues puede llevar a pensar que ambas idean son lo mismo cuando no es así –o que los autores lo contemplan de ese modo–. El enfoque microhistórico puede hacer referencia a un marco cronológico, pero también consiste en una investigación donde el objeto de estudio es más concreto (el molinero de Carlo Ginzburg sin ir más lejos). Así mismo, un estudio microhistórico no tiene por qué incluir necesariamente una cronología de tiempo breve.

En cualquier caso, creo que la idea en la que Armitage y Guldi quieren incidir no es tanto una crítica a la microhistoria, sino a que la llegada de la misma y la sobrespecialización de los investigadores propició la pérdida de relatos a largo plazo o de grandes síntesis. Por otra parte, esto presenta otra pequeña incoherencia. La retirada de los historiadores de la vida pública coincidió con el abandono de la *longue durée* y este hueco en la escena pública como agentes consejeros fue ocupado por lo que los autores llaman la “sucía” *longue durée* y, sobre todo, por autores no historiadores (principalmente economistas y sociólogos). Esto dejó a la opinión pública con nuevos grandes relatos que glorificaban el libre mercado y no se planteaban ninguna crítica. Los autores no penalizan el corto plazo en su totalidad y señalan que uno de sus aportes es precisamente el de acabar con los grandes tópicos que se fueron creando por parte de estos grandes relatos de autores no historiadores, desde economistas hasta políticos. Esto es debido a que el historiador analiza las numerosas causas que influyen en los

cambios históricos y esta multicausalidad permite observar un futuro que se presta a múltiples opciones. Ahora bien, aunque puede entenderse lo que Armitage y Guldi pretenden subrayar, terminan presentando una especie de bucle respecto a la relación entre la microhistoria y la creación de metarrelatos por parte de no historiadores que no terminan de aclarar. ¿La llegada de la microhistoria es la causa de la creación de relatos por autores no historiadores o se trata de la respuesta a eso mismo? ¿Se trata de procesos que ocurren al mismo tiempo?

Sea como fuere, esta tendencia al corto plazo, según los autores, está cambiando en los últimos años con el retorno de la *longue durée*, afirmación que demuestran resaltando una serie de temas que, consideran, se prestan fácilmente a este tipo de enfoques: el cambio climático, la gobernanza y la desigualdad, que “están provocando un retorno a cuestionamientos acerca del modo en que se desarrolla el pasado a lo largo de siglos y milenios [...]” (p. 27). Sobre esto trata el capítulo tres del ensayo, “Lo largo y lo corto. Cambio climático, gobernanza y desigualdad a partir de la década de 1970”, donde además de justificar la manera en que el largo plazo puede beneficiar a los estudios históricos, destacan que hay formas erróneas de utilizar este enfoque, dando lugar a “debates vacíos”, ejemplificado en los discursos de climatólogos y economistas en sus percepciones acerca de la explotación de recursos y el desarrollo económico. El objetivo del capítulo es, por tanto, desmontar los mitos y grandes metarrelatos desarrollados por otras disciplinas y destacar la capacidad de la Historia para poner en tela de cuestión estas mismas ideas, desde el concepto mismo de “civilización” hasta la vigencia actual del “estado-nación westfaliano”. Con el regreso de la *longue durée*, en fin, la historia debe reclamar su lugar como Ciencia Social crítica, creando relatos accesibles a un público amplio y sobre todo recuperando el espíritu crítico acerca de las instituciones con estudios a largo plazo y sin determinismos económicos o de cualquier otro tipo.

Para recuperar ese discurso, la solución que los autores proponen en el capítulo cuatro es el uso de los *big data*, es decir, la utilización de las nuevas herramientas digitales que permiten manejar una cantidad enorme de archivos, cifras, tendencias, etc., y que permiten el análisis a largo plazo por parte de los historiadores. “El arbitraje de datos es una tarea que seguramente liderarán los departamentos de Historia de las principales universidades de investigación, pues requiere unos talentos y una formación que ninguna otra disciplina posee” (p. 196). Los discursos de biólogos o economistas son muy reduccionistas puesto que solo se refieren a su propia disciplina. En este sentido la Historia lleva ventaja puesto que es capaz de crear metarrelatos multicausales, comparando distintos puntos de vista sociales, culturales o de cualquier otro tipo.

En su reseña de la obra, David Abulafia parece fijarse en este detalle, ya que critica la mención a Braudel porque considera que defendía un planteamiento radicalmente opuesto a lo que parecen defender Armitage y Guldi.² Braudel apostaba por largos períodos de tiempo, de cambio lento, en los que aspectos como la política o la acción humana carecían de sentido, algo que apuntaba directamente a un determinismo del cual el *Manifiesto por la Historia* pretende alejarse. Para Abulafia este punto es definitivamente el talón de Aquiles de la obra y no se muestra nada de acuerdo en traer un nuevo giro cuantitativo y una obsesión por interpretar datos numéricos. Sin duda se trata de una crítica comprensible, ¿está la solución en la vuelta

² David Abulafia, “Lucky Jim and La Longue Durée”, *Standpoint*, 2014, standpointmag.co.uk/node/5784/full [consulta 12 junio, 2017].

(o la revuelta) a una etapa historiográfica anterior? La respuesta la ofrecen Armitage y Guldi a lo largo del ensayo, donde aclaran que no se trata de una vuelta a un enfoque idéntico al original. Inciden en varias ocasiones en que al planteamiento de largo plazo se unen las nuevas fuentes y herramientas disponibles en el contexto actual, lo que dota a su discurso de mayor potencia crítica. Los autores conocen el riesgo de reivindicar métodos cuantitativos, pero piensan que el historiador, por su formación en la reflexión y el pensamiento crítico, es capaz de señalar “qué datos son aplicables y cuáles no” (p. 203).

Una crítica más certera, a mi juicio, sería a la presentación de la Historia y los historiadores como los únicos que poseen esas capacidades, lo cual no deja de ser un discurso algo excluyente. Resulta totalmente legítimo analizar de forma crítica los discursos utilizados y manejados por otras disciplinas y reivindicar las capacidades de la Historia como ciencia social, pero no se debe caer por ello en una suerte de superioridad intelectual que busque alejar la Historia del resto de disciplinas. No resultaría nada positivo buscar una “Historia Total” al estilo de los años sesenta y setenta. Saber reconocer los límites teóricos o metodológicos de la Historia no es una debilidad sino todo lo contrario, y el desarrollo de grupos de investigación interdisciplinarios en los últimos años es buena muestra de que el trabajo en colaboración puede resultar mucho más fructífero.

El *Manifiesto por la Historia* pretende abrir reflexión y debate, y creo que lo consigue. Pese a la sobrevaloración de lo que la Historia y en especial la *longue durée* y los métodos cuantitativos pueden ofrecer, presenta dos conclusiones muy claras a las que merece la pena prestar atención. Por un lado, la necesidad de recuperar un discurso de *longue durée* que contrarreste los relatos deterministas creados a lo largo de las últimas décadas, fusionando “lo ‘micro’ y lo ‘macro’, que, por un lado, extrae lo mejor del trabajo de archivo y, por otro, produce amplios panoramas del trabajo sobre problemas de interés común” (p. 213). No se trata de un nuevo giro cuantitativo ni una vuelta a la “Historia Total”, sino de una recuperación de algunos aspectos que pueden ser explotados de forma más contundente gracias a las nuevas tecnologías, añadido a los logros ya conseguidos a lo largo de las últimas décadas por otros enfoques como la microhistoria o el “giro cultural”. Por otro lado, también se resalta la necesidad de recuperar el espacio del historiador en la opinión pública, para lo cual este debe buscar la forma de acceder a todo tipo de lector. En este sentido las nuevas herramientas digitales de difusión vuelven a ser clave y pienso que sería muy positivo ampliar los horizontes y no limitar la divulgación de la historia a textos cerrados o a relatos tal vez en exceso simplistas, ya que existen plataformas y herramientas completamente interactivas que aumentan la experiencia y la capacidad de comprensión del interesado.

Se pueden complementar estas conclusiones. El historiador debe alejarse de su encierro académico y abrir las puertas a una verdadera intención de divulgar y enseñar la Historia, y para ello debe incluir visiones más amplias y alejarse de planteamientos a escala reducida. Los estudios regionales o incluso locales carecen de interés si no son puestos en un marco más amplio –a nivel de espacio pero también de tiempo–, y las relaciones entre proyectos de este tipo se hace entonces imprescindible. La influencia en el discurso político no debe ser partidista, sino de cara a configurar una conciencia crítica en el conjunto de la población. El papel del historiador en el ámbito público debe ser mayor, no por ser el único capaz de organizar un discurso multicausal, sino para completar las demás voces que actualmente inundan los medios de comunicación, y

para ello su presencia debe extenderse más allá de pequeños espacios en la prensa escrita y llegar a medios masivos como la televisión, la radio e incluso las propias redes sociales. El espacio de opinión actual se mueve alrededor de estas herramientas y el historiador no puede ni debe rechazarlas, sino conseguir adaptarlas a sus intereses.

Esta es la gran enseñanza y la gran aportación del *Manifiesto por la Historia*. El método es solo la excusa para poder expresar una necesidad de la que se tiene conciencia en Estados Unidos, la cuna de la *Public History*, y cuyo debate se ha ido desarrollando desde hace varios años. Una historiografía como la española debería nutrirse y promover este tipo de debates, ya que pese a llevar varias décadas normalizándose dentro del ámbito historiográfico internacional, aun parece estar centrada, en ocasiones, en indagar archivos locales y alejarse de su propio espacio en el discurso público.

Alberto Martín Torres
Universidad de Cádiz (España)
alberto.martintorres@alum.uca.es

Fecha de recepción: 17 de septiembre de 2016.

Fecha de aceptación: 4 de noviembre de 2016.

Publicación: 30 de junio de 2017.

Para citar este artículo: Alberto Martín Torres, “Jo Guldi y David Armitage, *Manifiesto por la Historia*. Madrid: Alianza, 2016, 296 pp.”, *Historiografías*, 13 (enero-junio, 2017): pp. 141-145.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/13/martin.pdf>